

## LO CADUCO Y LO PERENNE, OLVIDO Y MEMORIA

Todos ya hemos sabido de mil maneras, en la doctrina cristiana, que las cosas de este mundo son pasajeras y caducas, y que lo que importa realmente es aquello que perdura eternamente, y eso es el amor de Dios.

Este artículo no es repetir más de lo mismo, pero sí quiere añadir un matiz quizás desconocido hasta ahora, o quizás no. Incluso requiere investigación para corroborarlo, o al menos para matizar y corregir posibles imperfecciones. Y es que es una idea y una hipótesis, al menos para mí, totalmente nueva, pero que veo que es completamente válida. Y es la siguiente: *las cosas de este mundo caducas, no lo son sólo en sí mismas, sino también en la mente de las personas, en su memoria*. Es decir, se disipan en el recuerdo. Hubo una vez que aparecieron en el entendimiento de alguien, pero luego, y por sí solas, acabaron también por desaparecer.

Aquél que ha dedicado su vida a los placeres de la posesión de los bienes del mundo, sin importarle ninguna ética ni moral, llegando a jugar hasta sucio por conseguirlos..., cuando ya está en entrada de edad y mira hacia atrás, todos sabemos y hemos oído muchas veces, que se sentirá vacío. Por contra, el que ha dedicado su vida a vivir el amor de Dios en la entrega, en la generosidad y en la misericordia para con quien se tercie, incluso llegando a tener pérdidas por ello, ése, mirará para atrás y se sentirá pleno y feliz. Esto ya lo hemos considerado en múltiples ocasiones, no me voy a entretener aquí. Pero sí quiero añadir un matiz, y es que: el que se siente vacío por haber invertido su vida en bienes caducos, no sólo se siente vacío por lo ya consabido, sino que además se siente vacío porque *la memoria de aquellas vivencias también es caduca*, se va disipando con el tiempo, y en extremo: su memoria se queda vacía. En cambio, el que se ha dedicado a vivir el amor de Dios, especialmente en la caridad para con los demás, ese se siente lleno, entre otras cosas, porque conserva una memoria curiosamente lúcida de aquellos momentos en que más se abrió a Dios y/o a los hermanos.



La teoría ya está expuesta, el núcleo de dicha hipótesis ya está presentado. A partir de ahora lo que podemos hacer es añadir racionamientos que la vayan fortaleciendo y solidificando.

Un ejemplo sensible, en el terreno de los sentidos: una persona, un buen día, compra una tarta del escaparate de una pastelería. Y se la come. Y la encontró deliciosa, y muy sabrosa. A la semana siguiente, pasa otra vez por la tienda, ve la misma tarta en exposición y la quiere volver a comprar para volver a recordar su sabor. La cuestión que se nos plantea aquí podría ser: ¿no tiene suficiente con el recuerdo de la primera tarta? La respuesta es que no, que la memoria de los sentidos se disipa, y además con extremada rapidez. Para volver

a vivir el sabor de aquel producto hay que repetir la experiencia, no es suficiente con su memoria.

Y quien dice una tarta en el terreno del sentido del gusto, puede decir cualquier otra cosa respecto a las cosas pasajeras, porque también lo son en la mente del ser inteligente.



En cambio hay ideas que no lo son de pasajeras, son, podemos decir, inmutables. Y una vez que has hecho experiencia de ellas, puedes saborearlas cuantas veces quieras sin que pierdan esencia con el tiempo. Y estas son las cosas propias del espíritu de Dios: el amor, la justicia, la bondad. Cuando haces un favor a alguien, cuanto mayor es el favor, más plasmado queda para siempre en la memoria, y no digamos ya cuando haces un acto heroico, o aquellas vidas que han sido

vividas constantemente en la heroicidad del esfuerzo por hacer algo bien y mejor. Siempre que recuerdas aquellos actos, los puedes considerar como si fuera la primera vez que lo haces. Es más, ni siquiera cansa; cosa que sí acaba sucediendo con los recuerdos sensibles por muy placenteros y sofisticados que sean. Hay un paralelismo muy estrecho con el pasaje del evangelio de Jesús con la samaritana en el pozo de Siquem donde afirma: 'el que beba de esta agua nunca más tendrá sed'; o sea, sobre los recuerdos de las cosas efímeras, éstos hay que actualizarlos con la experiencia para renovar su sensación, hay que volver a beber, y constantemente; en cambio sobre los recuerdos de las acciones realizadas por la gracia, éstos quedan como sellados y no hace falta repetir la misma experiencia para volver a refrescar su vivencia y su recuerdo ya patentes.

No voy a entrar en doctrinas metafísicas pero haberlas las hay; recuerdo ahora San Agustín que dedica todo un tratado a referirse a la memoria como uno de nuestros atributos que más cerca está con lo divino. Dando un paso más, y hablando ahora de lo divino: todo lo que está en la mente de Dios es vivo; Dios es pura



vida y lo que piensa aparece en la existencia. Y el pensamiento de Dios es eterno, digamos que es como un acto de memoria simultáneo del pasado, presente y futuro. Para nosotros la memoria podría ser como la eternidad del pasado desde nuestro mundo temporal. Y bien pensado, lo caduco, lo pensamos siempre hacia el futuro, pero por qué no: también lo es hacia el pasado, y esto es porque también es caduco en la memoria.

Además, otra pincelada más: lo digno de ser memorizado es siempre lo que es bueno. Todos los aniversarios, todos los memoriales, todas las fiestas...

siempre se hacen para recordar alguna cosa buena. Lo malo siempre se acaba olvidando, pero no como un acto de voluntad por el que lo quiere olvidar, sino que se va evaporando por su propia dinámica. Sólo lo bueno es digno de ser recordado, y no sólo éticamente digno, sino también ontológicamente, porque en su esencia lleva ya esa chispa y esa inercia. Recordemos los trascendentales donde bondad, por ejemplo, y ser, son uno.



Nunca lo hemos entendido pero siempre lo asentimos: cuando alguien muere y otra persona conocida, para consolar, dice que no ha muerto del todo, porque perdura en el corazón y en la mente y espíritu de los demás. Seguro que el susodicho difunto será pensado por los demás por haber sido bueno y haber hecho cosas benignas importantes, y tanto más su recuerdo será continuado en los demás cuanto más importantes y benignos hayan sido sus actos. En cambio, la persona que no ha sido buena incluso más bien al contrario, pesando más en ella sus actos malos, si tiene que ser recordada, en todo caso será como precaución para evitar volver a sufrir sus maldades, pero en nada será llevado su recuerdo como tal en el corazón de nadie.

Siempre queremos recordar lo bueno de los demás y de nosotros mismos. Otra prueba más está en los álbumes de fotos. Siempre queremos inmortalizar los mejores momentos de nuestra vida. Y es que esos momentos llevan consigo una chispa de gloria eterna, por eso es normal que lo queramos secundar y plasmar con fotografías inmutables. En cambio a nadie se le ocurre hacerse una foto en un momento de horror o de pánico, sólo el perverso o el loco es capaz de trastocar las realidades hasta ese punto.

En definitiva y como conclusión de todo lo expuesto: la memoria de las cosas es lo que más valor tiene en nuestras vidas, porque es lo que acaba quedando al final de todo. Y es por eso que debemos dedicarnos a llenar nuestra vida de cosas buenas, de cosas bondadosas, y del espíritu de Dios en todas sus manifestaciones y realizaciones, porque es lo que al final nos quedará y lo que nos hará crecer el espíritu, tanto más cuanto más lo hayamos alimentado con todas esas semillas de caridad. Es lo que nos llevaremos de este mundo al final de todo, y sólo esto. Pero ya antes de la partida definitiva, también es lo mejor que podemos hacer en nuestras vidas, si queremos crecer y vernos grandes al final de todo. Llenos de recuerdos lúcidos y que alegran, al contrario de recuerdos borrosos que empañan y hasta pueden avergonzar la dignidad y la felicidad a la que estamos llamados, haciendo que por inercia miremos hacia otro lado cuando tengamos que fijar la atención en nosotros mismos.

En fin, ahora que está más claro el camino de la sabiduría y de la felicidad, caminemos con más decisión por los valles que nos llevarán a disfrutar de las maravillas de los parajes de la existencia, en contacto y comunión con nuestro espíritu, ese espíritu memorable y esa conciencia de la verdad que hace libres.

**Mn. Carlos de la Fuente, rector**